

## CAPITULO II.

### El escondite.

¿Cómo desaparecieron de la faz de este nuestro planeta Filippo y su presa? ¿Qué sima se los tragó? ¿Qué abismo pudo ocultarlos á todas las miradas y á todas las investigaciones? Nadie lo sabia. Ni los magistrados y esbirros de Prato, ni la Señoría de Florencia, ni las venganzas de Guido encontraron rastro de su fuga. Si en vez de estar en plena vida real, estuviéramos en una de las epopeyas del tiempo, diríamos que los dos amantes, al huir, recibieron de algun génio propicio, de alguno de esos génios que desde los tiempos antiguos dormían en las cenizas de los claustros durante los largos hielos de la Edad Media, y que á la sazón despertaban al calor de la nueva Primavera, el prestigio que á sus poseedores dió la célebre sortija de otros tiempos, el prestigio de invisibles. Salir de una gran ciudad, atravesar sus puertas, tener ante sí inmensa llanura, y disiparse como un ruido, como una nubecilla, como una esencia, francamente más que cosa real semejaba cosa de maleficio y brujería. Bien es verdad que el jinete ejercía sobre su caballo imperio semejante al que pudiera ejercer sobre su propio cuerpo. Con solo hincarle las espuelas, con solo moverle la brida hacía correr como un deshecho huracán. Hubiérasele tomado al pasar, en los torbellinos de la carrera, por un águila que trasportara sobre sus alas aquella enamorada pareja á las eminencias donde en la antigua tradición se veían, compuestas de nubes recamadas por los matices del iris, las viviendas de los dioses.

Pero no, la desaparición de Filippo y de Lucrecia se explica naturalmente, sin necesidad de torturar la fantasía. En Italia, en esa tierra donde el arte es como una planta natural y la inspiración como un fruto sabrosísimo, las obras subterráneas compiten con las obras que al aire libre y á la luz brillan. No ha visto Italia quien no haya visitado esa región inferior, donde tantas veces se confundieran las sombras de los perseguidos errantes con las momias de los muertos seculares. En la campiña romana, en aquel vasto cementerio de tantas generaciones, en aquel campo de batalla donde han peleado tantos siglos, pasma y maravilla más que las soberbias tumbas antiguas, semejantes á derruidos castillos, donde el jaramago se entrelaza con la cicuta y con la ortiga, la puerta oscura que creeríais boca de hondísima caverna, por donde descendéis rápidamente, como á otro mundo, á las catacumbas, es decir, á las perpétuas tinieblas, bajo cuyos pliegues yacen los antiguos cementerios, donde los primitivos cristianos unían, huyendo de la persecución de los Césares, al culto de sus muertos, sobre todo, de sus mártires enterrados en aquellas sacras paredes tras lápidas llenas de signos misteriosos, el culto por sus ideas expresadas en las pinturas sacras, en la paloma que volvió al arca con su ramo de olivo, en el pastor que guiaba al redil su ganado, en la orante que departía con los cielos invisibles; signos expresivos todos de su fé en Dios y de su esperanza en la inmortalidad. Y lo que sucede en Roma, sucede en Nápoles también. Cuántas veces, á orillas de aquel mar azul que está engarzado en corales, después de absorber el aire por igual henchido de emanaciones de la sal marina y de emanaciones del campestre azahar, llenos los ojos con la vista que ofrecen los recortes geométricos de las playas y los intercolumnios de islas y de cabos, por cuyos piés aun canta la sirena griega, y en cuyas crestas aun brilla el templo romano; entráis en los subterráneos encendidos, cubiertos unas veces de azufre humeante y otras de agua bituminosa, donde fluyen las corrientes del Leteo y habita la Sibila de Cumas y comienza el infierno; y en los senos de la más espléndida naturaleza, que pueden apetecer los humanos contentos de la vida, comienzan los fantásticos dominios de la muerte. Pues, si no idénticos á estos, existen otros subterráneos no menos dignos de estudio y loa en la artística Toscana. Y en los tiempos que historiamos estaban completamente olvidados. El hombre de la Edad Media tenía tales supersticiones en la mente y tales terrores en el corazón que creía todos los abismos puertas para el infierno, templos del demonio; residencia de las brujas, cuyos hechizos trastornaban el sentido; y asamblea de los vampiros, cuyos labios chupaban las venas y se bebían la humana sangre. Así, aquellas magníficas termas que semejaban á montañas vaciadas por la arquitectura; aquellos palacios donde los frescos guardaban colores tan vivos y los escombros tan maravillosas estatuas, no veían aparacer un explorador que les interrogara y que les pidiese secretos para la historia ó

inspiraciones para el arte. Compréndese que sucediera con los monumentos clásicos maldecidos en aquella exaltación de la fé, ú odiados en aquel horror á la antigüedad; pero no se comprende que sucediera con los monumentos cristianos. En el mundo no hay ni puede haber semillero de reliquias, refugio de dolores, consuelo de afligidos, sitio de oración como las catacumbas; donde en las tinieblas palpables creéis columbrar la alborada de la nueva fé y en el aire enrarecido respirar las lágrimas evaporadas á los ojos de los primeros mártires. Y sin embargo, durante la Edad Media, en aquellos tiempos de maceración y penitencia en que el sentimiento religioso predominaba sobre todos los sentimientos, no solamente la irrupción de los bárbaros profanó estos lugares, sino que los abandonó también el ingrato olvido de los pueblos. Así es que en el siglo noveno, al mayor recrudescimiento del fanatismo, correspondió mayor dejación de las prácticas religiosas en otro tiempo seguidas con tanta constancia sobre las cenizas de las catacumbas. Hubiérase dicho que los sepulcros sagrados desaparecieron completamente de la tierra como había desaparecido su recuerdo de la memoria y del corazón de los fieles en las tristezas morales, provenientes de las desolaciones sembradas á los cuatro vientos por las perdurables y cruentísimas guerras.

Si esto sucedió con las catacumbas en el campo romano, imaginaos qué sucedería con los panteones subterráneos de los etruscos en la campiña toscana. Dada su venerable antigüedad, las catástrofes sociales debieron cubrirlos de escombros, y las supersticiones religiosas de horrores; así como la tierra misma, removida por el doble sacudimiento del tiempo y de la Naturaleza, hundirlos en mas hondos abismos. Inmensos cementerios abiertos en las peñas y escondidos en las profundidades; todas las creencias proscriptas y todos los sectarios perseguidos encontraban allí el silencio donde se ocultan para germinar las ideas como en el hondo surco las semillas. Así es que, durante el Imperio romano, cuando la fé cristiana sufría persecuciones, allí se refugiaron los cristianos; y durante la Edad Media, cuando la fé cristiana se trocó, de perseguida en perseguidora, allí se refugiaron las herejías y los herejes. Como no ha venido el pacificador de la vida, sujeta á combates continuos, no ha venido tampoco el pacificador de la inteligencia, sujeta á continuas contradicciones. Y por esta ley de la contradicción, allá en los cielos mas serenos de la fé religiosa, cuando parecia absolutamente sometida á la tradición la conciencia, brotaban las herejías y los herejes con la misma espontaneidad con que pueden brotar en los cielos las sombras junto á la luz, en los campos la acerbidad junto á la miel, y en los entendimientos las negaciones mas rotundas junto á las afirmaciones mas claras. Refugio de estas gentes perseguidas y acosadas, refugio necesario resultaban todas aquellas oscuras profundidades donde se replegaban para esquivarse de la persecución todas las conciencias, aves de la luz naci-

das para la inmensidad de los espacios etéreos por los impulsos de su propia naturaleza, y forzadas á convertirse en aves nocturnas por los horrores de la persecución.

Y dadas estas advertencias necesarias prosigamos en el hilo de nuestra relación y visitemos la madriguera donde Filippo habia llevado á Lucrecia. Cerca estaba de Prato, á una legua española poco mas ó menos. El que hubiese seguido al caballero creyera que la tierra se lo tragaba y lo escondia en sus entrañas, segun desapareció. Y en efecto, por una senda tortuosa, semejante á las extendidas por la fantasía dantesca entre el mundo y el infierno, descendian caballo, caballero y dama, sin que esta última hubiera vuelto de su terrible síncope. Aquella senda, aquellas espesísimas paredes, aquellas ramificaciones de las piedras dábanle al sitio, húmedo, oscuro, profundísimo, el aspecto extraño de una petrificada selva, en la cual se hubiese apagado completamente la vida. No se veía ningun sér viviente; no se notaba ninguna especie de movimiento. Yacia todo en la mas completa calma como si los fantásticos cabalgadores acabaran de caer desde este nuestro planeta de la luz y de la vida en el triste y silencioso planeta por cuyos espacios solamente reinase el frío de la muerte. En varios rincones veíase, entre las espesas tinieblas, alguna mortecina lámpara, cuyos pálidos destellos, mas que al resplandor del fuego, semejaban á la fosfórica y siniestra mirada del buho y de la lechuza. El negror de las paredes y del techo, la humedad del suelo, el silencio del aire podian dar escalofrios á los mas valerosos; porque realmente aquella región se asemejaba al vestíbulo de la eternidad. Por fin llegaron á una espaciosa estancia. Anchas losas bañaban su pavimento; piedras ciclópeas componian sus paredes; el techo, parecido en su forma triangular á la cima de una cabaña, estaba cortado en pedruscos que semejaban á vigas trasversales apoyadas en una viga central; espaciosa capilla con su arco groseramente construido se veía en el fondo; sobre el arco ostentábase un sol á cuyos dos lados resaltaban sendos mascarones semejantes á imágenes de colosos ó de esfinges; en el hueco de la capilla habia un altar de mármol con géneos esculpidos en su frente, y sirviendo como de base á un sepulcro etrusco sobre el cual yacia tosca figura; y aquí y á allá veíanse trípodes de hierro por el suelo, lamparillas romanas colgadas de las paredes, vasos lacrimatorios esparcidos por los rincones, mausoleos pegados á las paredes, urnas cinerarias amontonadas unas sobre otras, y varias cruces con grande incorrección esculpidas junto á algun Espíritu Santo en forma de paloma; signos de tiempos mas cercanos y de creencias mas recientes mezclados en confusión bien extraña con el simbolismo etrusco propio de aquellas ciudades fúnebres abiertas hacia tres mil años en los hondos senos de tan vieja y privilegiada tierra. Al reflejo de las lámparas que penosamente ardan, destacábanse las líneas de las rígidas figuras rojas sobre el negro fondo barnizado; las estatuas cortas de talla con los

brazos gruesos y la cabeza desproporcionadamente grande; las agapas paganas en que las mujeres y los hombres comen con tanta gravedad cual pudieran tomar la comunión los católicos; los liectores y las sillas curules que simbolizan el poder romano; los hipógrifos con sus alas abiertas: símbolos todos de una civilización que parece haber encontrado en aquellos abismos su natural enterramiento.

Allí, solamente allí, pudo Filippo bajar á Lucrecia del caballo y aguardar que volviese á la vida. Parecía la hermosa jóven abismada en tranquilo sueño. Sus párpados caídos, sus ojos y sus labios cerrados, dábanle aspecto de una verdadera imagen del silencio. Llevábala el raptor con tanto entusiasmo en sus brazos, que ni un minuto le había pesado tan querida carga. Bajó, pues, con ella del caballo sin embarazo, y sobre una especie de lecho que á la izquierda había, la depositó sin escrúpulo. Retiró el corcel que relinchaba como si de llegar al término de su viaje se alegrara, y buscó en la escarcela un pomo de los que había apercibido, como precaución necesaria en esta suerte de aventuras para su azaroso viaje. Apenas el descanso en la cama y la respiración del aroma devolvieron un tanto á Lucrecia el sentido, cuando abrió los ojos y lanzó un grito de horror, cubriéndose la cara con ambas manos como para no ver cuanto pasaba en torno suyo. Confesemos que tenía motivos. Sobre aquellos nervios agitados por los accidentes del terrible acontecimiento; sobre aquellos ojos enardecidos por las visiones de la fiebre; sobre aquellos sentidos que comenzaban á abrirse á la vida cual si hubieran gustado el sueño de la muerte; debía producir vivísima emoción todo cuanto los impresionaba. Nada más fácil en semejante sitio que imaginar al primer pronto un descenso de nuestro mundo á otro mundo de fantasmas y de sombras. Por una de esas coincidencias, en que tan fecunda suele mostrarse la casualidad, al abrir Lucrecia los ojos, pasaba entre el humo producido por las resinosas teas encendidas sobre los tripodes y el destello lanzado por las lámparas pendientes del techo, inmensa ave nocturna de plumaje sombrío, de silencioso vuelo, de ojos siniestros, semejándose á un alma en pena perdida y errante por los misteriosos senos de las palpables tinieblas. Bien es verdad, que no necesitaba de aquella especie de vestiglo para horrorizarse la jóven. Bastábale atender al silencio sepulcral en que había caído. Bastábale ver aquella mansión extraña que parecía habitada por géneos sobrenaturales ó infra-naturales, distintos de cuantos vemos en nuestro mundo. Las paredes sombrías llenas de símbolos extraños y de efigies fantásticas; los blancos relieves destacados de las sombras; los sepulcros esparcidos y abiertos como si acabasen de soltar sus cadáveres al eco de la trompeta del juicio; los personajes de mármol cubiertos con su latí-clara y tendidos sobre sus lechos fúnebres; los jarrones con esas figuras semi-egipcias, desconocidas entonces, que parecen aun hablarlos de la muerte; las lámparas de caprichosas formas mostrando á esos seres extraños, especie de

murciélagos de la última tarde del Universo, tales como los han pintado en su lengua sublime todos los ensueños apocalípticos; los reflejos siniestros extendidos por doquier, daban al extraño paraje tintas tales, que la imaginación menos exaltada hubiérase creído en el valle de Josafat á la hora suprema en que los soles se extinguen y en que se acaban los mundos; consumado el instante terrible de la destrucción universal. Así es que el primer sentimiento de Lucrecia, al volver de su desmayo, fué el sentimiento que experimentaría quien, muerto aparentemente al asalto de una catalepsia, se despertase tendido sobre un ataúd y en el fondo de una sepultura. Los sucesos habían pasado con tal precipitación por aquella mente, que al despertar no podía comprender la catástrofe, en tan breves momentos acaecida. Así es que un horror indescriptible se apoderó de su alma, y entre los estremecimientos de ese horror, no alcanzó la verdad de la situación en que se encontraba. Mas, por fin, le reveló todos los rigores de su suerte Fra Filippo Lippi, que lanzándose á sus piés, y cogiéndole con efusión ambas manos, dijo:

—Perdon, Lucrecia, perdon.

—¿Cómo! ¿Qué quiere decir esto? ¿Dónde estoy?

Preguntó Lucrecia como resistiéndose á creer cuanto sucedía.

—Quiere decir que cumplimos uno de nuestros mejores deseos, estando solos aquí para jurarnos amor eterno ante Dios, presente en todas partes, así en los cielos como en los abismos.

—¡Solos! ¡En este sitio! ¡Qué frío! ¡Me han enterrado viva! Esas tumbas me horrorizan. Esas estatuas yacentes son muertos que se incorporan para vernos. Esas lámparas se han encendido en las llamas del infierno. ¡Qué horror! Algun gran crimen he cometido, cuando ha llegado para mí la hora de entrar en la fría región de los castigos. ¿Dónde estoy? ¿Con quién estoy? ¿A qué he venido aquí? Padre mio, me muero de miedo. Brígida, Brígida, ven. ¿Estaré en el panteón de mi Convento? ¿Estaré en los sepulcros de los Buttis? Esa figura humana que veo ahí es un sueño, producto extraño de ciertas ideas fijas en mi mente, de ciertos sentimientos inalterables en mi corazón. ¡Oh! Tengo frío, mucho, muchísimo frío. Me han enterrado viva con mi idea fija. ¡Hermanas! Teodora, Constanza, Berta, me ahogo, me ahogo, me ahogo sin remedio. Aire, luz, vida. Fantasma, quítate de ahí. Tú sabes que mi conciencia y mi religión me prohíben amarte. Que de esta región de los muertos me saquen. Que á la vida me lleven. Dios sabe que ni con el pensamiento siquiera le he faltado; y Dios no puede castigarme á vagar por estos círculos de las tinieblas en compañía de la sombra á quien nunca se tendieron mis brazos, porque siempre tuvo poder para detenerlos y encadenarlos mi conciencia. Tengo mucho miedo en el alma. Tengo mucho frío en el cuerpo. Virgen Santísima, salvadme á toda costa.

Solamente puedo confiar en vuestro divino auxilio para que movais á favor mio la divina misericordia.

Lucrecia, que iba vestida como salió para la procesion de la reliquia, con larga túnica de lana blanca, con tupido velo blanco tambien que la envolvía de piés á cabeza, con guirnaldas de rosas blancas en las sienes, parecia un habitante propio de aquella region de los muertos, el cual, por privilegio especialísimo hablase en medio del silencio y se moviese en la universal quietud y en la fria inercia. Filippo, absorto en contemplarla, más bella cuanto más horrorizada, sentia como un remordimiento y como un dolor de haberla separado de su Monasterio, para conducirla adonde la aguardaban terrores tan exaltados y tan dolorosos. Así es que la miraba entre dolorido y confuso, sin atreverse á sacarla de su estupor y á decirle cuál era desde entonces su suerte. Pero, despues de estas reflexiones, semejantes á las primeras tentativas del que anda en las tinieblas, debió concebir Lucrecia otras ideas más claras y experimentar otros sentimientos más distintos, cuando le asaltó un llanto tal que no tenian tregua sus sollozos, ni dique alguno sus lágrimas.

—Perdonad, Lucrecia, volvió á decir Filippo, perdonad á este infeliz que, llevado de un sentimiento avasallador al cual no contrastan todas las fuerzas de su voluntad, os ha unido á sí en este momento terrible por el crimen, arrancándoos al regazo de vuestro Convento y á la paz de vuestra conciencia.

—¡Oh! dijo Lucrecia con voz lacrimosa y plañidera, levantando los ojos y los brazos al cielo en actitud desesperada. No hay refugio alguno para mi corazon desgarrado. Créime un momento muerta, y en la region de los muertos. Estas tinieblas espesas que nos envuelven; estas blancas sombras que nos miran; estas tumbas medio rotas que nos cercan; habíanme dado despues del largo síncope, inexplicable á mi memoria, la idea de que el mundo entero desapareció para mí, caida en las regiones infernales, donde son eternas las sombras. Cuán diversa veo ahora mi suerte, y sin embargo, bien sabe Dios como desearia ser insensible cual esos huesos frios, de piedra cual esas estatuas fúnebres, yerta cual este mundo de vestiglos antes que ver las señales indelebles de una deshonra, á la cual he preferido siempre, así por los impulsos de mi voluntad, como por las enseñanzas de mi educacion, los tormentos del infierno.

—Lucrecia. Vuestro raptor os ha respetado como pudiera respetar á una hermana. Pura y santa sois en esta madriguera del crimen como pudiérais serlo en el Monasterio mismo de Dios.

—¡Oh! Filippo, Filippo. Cuán desconocido es á vuestro pensamiento el mundo. La virtud depende solo de nuestras propias acciones mientras que la honra depende de la ajena opinion. Habeis respetado mi virtud, pero habeis herido mi nombre. Puedo presentarme pura delante de Dios en el cie-

lo, y no puedo presentarme honrada delante de la sociedad en la tierra. Podrá mi alma como los espíritus angélicos, ornar el trono divino, mas no dejará por eso de manchar con mancha indeleble este nuestro suelo. Me habeis herido en lo que aman sobre todo las mujeres de mi temple, en el honor. No puedo perdonároslo, no os lo perdonaré jamás.

—Lucrecia, no podia, no, sufrir el imperio avasallador de mi deseo. A vuestro lado estaba como el sediento con los labios abrasados al borde de un arroyo refrigerante y clarísimo. Cada día era para mí un nuevo tormento; y en cada noche mis insomnios tomaban nuevos aspectos, á cual más espantoso. No podia vivir más tiempo, y dejé hablar en toda libertad á mi sentimiento. Y como dejé hablar á mi sentimiento, caí en la tentacion de robar y apropiarme el objeto único de mis ansias. ¡Oh! no, no podia vivir.

—¿Y porque no podiais vivir vos, me habeis asesinado á mí? En este momento supremo ha concluido mi vida. Abrid un hoyo y enterradme viva, si quereis, entre estos vestiglos. Al asesinar me, aunque desconjunteis todos mis huesos y macereis todas mis carnes, robándome poco á poco la vida, no me atormentaríais como al arrebatarme la honra, legado preciadísimo de mis abuelos. No, no puedo perdonarlo.

—Lucrecia, ¿sabe por ventura esta piedra de dónde vinieron los átomos que la formaron? Pues tampoco sabe mi corazon como se han condensado los sentimientos que le dominan. Como mi estómago siente la necesidad del alimento, siente mi corazon la necesidad del amor. Esclavo de estas necesidades, no puedo sustraerme á su imperio. Os amé, y os he robado.

—¿Sois todo estómago y todo corazon? Sobre esos pedazos de carne ¿no sentís una conciencia que os avisa del bien y del mal? Os identificais, artista, sér cuasi divino, con los animales que no tienen libre albedrío; y os justificais de haberme arrancado al ara donde rezaba, y al retiro donde en paz vivia, como pudiera justificarse una alimaña de las selvas por haber arrancado al árbol una fruta necesaria para apagar la sed ó para contribuir al propio sustento. Sois libre, y por tanto responsable de este terrible atentado que es hoy mi deshonra y que puede ser mañana vuestra muerte.

—¿Y cómo resistir al ímpetu de mis deseos?

—Pidiendo luz á vuestra conciencia y fuerza á vuestra voluntad.

—Mi conciencia me decia que os amara, mi voluntad me arrastraba á segueros hasta poseeros ó morir.

—No, no puede ser. El lugar de la conciencia no puede ser ocupado por ninguna otra facultad. No hay fuerza capaz de hacernos ver que lo bueno es malo y que lo malo es bueno. La voluntad podrá faltar una ó muchas veces; pero nunca, nunca, nunca falta la conciencia. Y si la hubiérais oido atentamente, os dijera que el mayor de los crímenes consistia en arrebatarse así la estimacion á quien la necesita más que la vida. ¿Dónde ir con esta sombra en la frente, con este torcedor en la conciencia, con esta espina en